

# “UNA ESPERANZA PARA LA FAMILIA”

EL FUTURO DE LA FE CRISTIANA

LA FAMILIA Y LA ESPERANZA

*Conferencias “La Familia ayer, hoy y siempre”  
Jornada Inaugural del IV<sup>a</sup> Diplomado en Familia y Sociedad  
14 de mayo de 2009*

+ Andrés Arteaga Manieu

*Obispo Auxiliar de Santiago*

*Vice Gran Canciller Pontificia Universidad Católica de Chile*

La esperanza cristiana nos invita a ‘vivir de otra manera’<sup>1</sup>. Por eso puede ser útil pensar la familia en el contexto del futuro de la fe, es decir de la esperanza cristiana. Confieso de partida y sin ingenuidad, que soy optimista, por ser cristiano. Con la encíclica *Spe Salvi*, Su Santidad Benedicto XVI ha invitado a los creyentes, desde la propia identidad cristiana -en diálogo con los tiempos modernos y sus principales corrientes de pensamiento- a dar razones de su esperanza. Pues “en el contexto de sus conocimientos y experiencias, tienen también que aprender de nuevo en qué consiste realmente su esperanza, qué tienen que ofrecer al mundo y qué es, por el contrario, lo que no pueden ofrecerle. Es necesario que en la autocrítica de la edad moderna confluya también una autocrítica del cristianismo moderno, que debe aprender siempre a comprenderse a sí mismo a partir de sus propias raíces” (*Spe Salvi* 22). El aporte del Pontífice ha sido enorme frente a la desorientación y desencanto ante el presente y el temor al futuro, de gran parte de la humanidad

## §1. Algunos *antecedentes* de la teología de la esperanza

Recientemente se han editado en español unas conferencias radiofónicas de Joseph Ratzinger de los años 1969 y 1970 con el título *Fe y futuro*<sup>2</sup>. La cuarta, *El futuro del mundo pasa por la esperanza del ser humano*<sup>3</sup>, fue redactada para presentar el giro de pensamiento que significó la Constitución *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual del Concilio Vaticano II. Allí afirmaba el joven teólogo conciliar: “el ser humano actual tiene la mirada puesta en el futuro. Su lema es ‘progreso’ no ‘tradicición’; ‘esperanza’, no ‘fe’. Experimenta, claro está, un cierto romanticismo hacia el pasado. Se complace en rodearse de objetos preciosos de la historia, pero todo esto sólo confirma que aquellos tiempos pertenecen al pasado y que el reino del ser humano actual es precisamente el mañana, el mundo que él se construye”<sup>4</sup>. Ya no se espera –afirma el autor- el futuro como regalo de lo alto sino como planificación y cálculo nuestro. “El ser humano espera la salvación de sí mismo y parece capaz de dársela”<sup>5</sup>. Pero junto a la *esperanza* en la edificación de la ciudad humana, surge el *miedo* a la obra de nuestras manos, porque un cielo vacío no es suficiente para crear una tierra feliz. “La construcción de la ciudad del ser humano se convierte en un intento lleno de sentido cuando se sabe quién es el ser humano, cuando se conoce

<sup>1</sup> Utilizo algunos trabajos anteriores, en particular algo de *Jóvenes y Educación: ¿utopía o esperanza?*, en Riesgo de Educar 3(2008), 43-53, y también *Quien tiene esperanza, vive de otra manera*, Humanitas 13(2008), 531-537.

<sup>2</sup> Desclée de Brouwer, Bilbao 2007.

<sup>3</sup> *Ibidem*, 79-89.

<sup>4</sup> *Ibidem*, 83.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

la medida de lo humano”<sup>6</sup>. Es en Jesucristo que el ser humano es esperanza del ser humano. Concluye la reflexión afirmando: “Por el momento a nosotros nos queda sencillamente esto: verificar el dogma que afirma que en Cristo el ser humano ha llegado a ser esperanza del ser humano; confirmarlo viviendo nosotros mismos este paradigma existencial, llegando a ser esperanza para los demás y tratando de imprimir en el futuro los rasgos de Jesucristo, los rasgos de la ciudad futura, que será tan totalmente humana, por ser tan totalmente divina”<sup>7</sup>.

En la última conferencia del libro que comentamos, sobre el futuro de la Iglesia del año 2000 (escrito en 1970), se destaca la siguiente afirmación: “El futuro de la Iglesia puede venir y vendrá también hoy sólo de la fuerza de quienes tienen raíces profundas y viven la plenitud pura de su fe. El futuro no vendrá de quienes sólo dan recetas. No vendrá de quienes sólo se adaptan al instante actual. No vendrá de quienes critican a los demás y se toman a sí mismos como medida de lo infalible. Tampoco vendrá de quienes eligen sólo el camino más cómodo, de quienes evitan la pasión de la fe y declaran falso y superado, tiranía y legalismo, todo lo que es exigente para el ser humano, lo que le causa dolor y le obliga a renunciar a sí mismo. Digámoslo de forma positiva: el futuro de la Iglesia, también en esta ocasión, como siempre, quedará marcado de nuevo con el sello de los santos”<sup>8</sup>.

## §2. La teología de la esperanza en *Spe Salvi*

Evidentemente la teología de la esperanza de *Spe Salvi* ha sido largamente meditada por el Santo Padre. Tiene, en esta ocasión, una especial preocupación por darle una fundamentación bíblica y por recoger la tradición eclesial, junto con el diálogo con las diversas corrientes claves del pensamiento contemporáneo. La esperanza que nos salva es reflexionada en las fuentes de su *certeza*. ¿Cuál es la verdad de la esperanza cristiana? ¿Por qué el presente se puede vivir de otra manera, de una manera nueva, cuando se tiene esperanza? ¿Por qué la esperanza cristiana se recibe cuando se conoce al Dios verdadero? ¿Qué es la vida eterna? ¿Es individualista la esperanza cristiana? El Pontífice no responde con recetas, sino que, en diálogo con el pensamiento contemporáneo y con el tesoro de la tradición eclesial, nos entrega algunas valiosas pistas. Muchas son difíciles de comprender, pero hay afirmaciones que hacen pensar y pueden dar mucho en nuestra meditación para descubrir la ‘*Verdadera fisonomía de la esperanza cristiana*’ (números 24-31).

Aquí un texto provocador: “No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor” (*Spe Salvi* 26). Más adelante una afirmación fundamental: “En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando ‘hasta el extremo’, ‘hasta el total cumplimiento’ (cf. *Jn* 13,1; 19,30)” (*Spe Salvi* 27). Y luego se refuerza “...nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su

<sup>6</sup> *Ibidem*, 88.

<sup>7</sup> *Ibidem*, 89.

<sup>8</sup> *Ibidem*, 102.

reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto...” (*Spe Salvi* 31). Es una pista que recorre todo su pensamiento ¿Qué ha traído Cristo al mundo? No son cosas sino que el Dios verdadero, que desea compartir con nosotros la vida plena. Y aquí hay una buena noticia para la familia en el futuro.

### §3. *El valor de la persona humana, la familia y el trabajo*

Cada persona constituye un potencial creativo que es la auténtica riqueza de las naciones. La familia, célula básica y natural de la sociedad ha desempeñado una tarea esencial en la economía. Se habla del valor del ‘capital humano’ que constituye el mayor capital de los pueblos. El fundamento del capital humano es una sólida vida familiar. La familia es la mejor productora de capital humano. De tal manera que la familia es clave para una sociedad sana y para una economía sana.

En septiembre de 1981, en los 90 años de la encíclica *Rerum Novarum* (de 1891), el Papa Juan Pablo II, quien ha aportado significativamente a la reflexión de estos temas de familia y trabajo en el concierto internacional, recordaba que “El trabajo es el fundamento sobre el que se forma la vida familiar, la cual es un derecho natural y una vocación del hombre. Estos dos ámbitos de valores –uno relacionado con el trabajo y otro consecuente con el carácter familiar de la vida humana- deben unirse entre sí correctamente y concretamente compenetrarse”<sup>9</sup>. La familia es una comunidad hecha posible gracias al trabajo y la familia es la primera escuela de trabajo para todo ser humano.

El ser humano impulsado por la lógica del tener y poseer, más que del ser y crecer consume a veces de manera excesiva, injusta y desordenada los recursos de la tierra y la misma vida humana. A la raíz de esta situación, que tiene un error de raíz antropológico, “además de la destrucción irracional del ambiente natural, hay que recordar aquí la más grave aún del ambiente humano”<sup>10</sup>. Por eso hoy podemos hablar junto al Santo Padre de una situación de ‘ecología humana’. “La primera estructura fundamental a favor de la ecología humana es la familia, en cuyo seno el hombre recibe las primeras nociones sobre la verdad y el bien; aprende qué quiere decir amar y ser amado y, por consiguiente, qué quiere decir en concreto ser una persona. Se entiende aquí la familia fundada en el matrimonio, en el don recíproco de sí por parte del hombre y la mujer crea un ambiente de vida en el cual el niño puede nacer y desarrollar sus potencialidades, hacerse consciente de su dignidad y prepararse a afrontar su destino único e irrepetible”<sup>11</sup>. Así la cuestión del trabajo y la familia, sus relaciones y tensiones son una ‘cuestión ecológica’. En la familia aprendemos a ser personas, a desarrollarnos, a tomar conciencia de la dignidad y afrontar nuestro ‘trabajo’ que en definitiva y en última instancia es el desarrollo de nuestro destino único e irrepetible. Se ve la necesidad de poner a *la persona humana en el centro* de la familia, del trabajo, de la economía y de la sociedad. Este es un imperativo ético, una cuestión de sentido impostergable y central. El problema de las tensas relaciones entre trabajo y familia, no es sólo técnico (legislativo, político o económico). La solución no vendrá solamente del Estado o del mercado. Más que ‘técnico’ el problema es ‘ético’ y en último término ‘espiritual’. Una cuestión del sentido, del lugar de la persona humana en la sociedad y en el mundo. Si acaso ocupa un lugar único y central; y que

<sup>9</sup> Juan Pablo II, *Laborem Exercens*, 10. Esta encíclica aborda el tema del trabajo humano.

<sup>10</sup> Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, 38. Carta en el centenario de *Rerum Novarum* del 1º de mayo de 1991.

<sup>11</sup> Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, 39.

nunca puede ser objeto disponible para el Estado o para el mercado. La fe cristiana y la Iglesia católica pueden aportar mucho, con humildad y audacia en este sentido. Los creyentes queremos y debemos hacerlo intensamente.

#### §4. *El futuro de la familia, con fe y esperanza*

Según las reflexiones de Walter Kasper, ‘una fe sin futuro sería una fe muerta’, y ‘el futuro del mundo depende del futuro de la fe’, pues ‘el futuro de Dios libera al hombre de su propio futuro’. Acerca de la forma futura de la fe señala tres características: crítica, universal y católica, más simple. El cristianismo tendrá un lugar en la sociedad del futuro, en gran medida por la revalorización y redescubrimiento de la perspectiva escatológica de la fe cristiana<sup>12</sup>. Así la fe del futuro será: a) *crítica o penitente*: es decir exigida de permanente conversión, lo que afecta la eclesialidad de la fe, que invita a una permanente transformación interior; b) *universal y católica*: el ser cristiano se debe vivir con medidas y criterios universales, ya que sólo el cristianismo podría llevar a una plenitud más humana la civilización occidental; c) *operante por la unidad de la caridad (amor a Dios y al prójimo)*, lo que trae aparejado una nueva figura de la espiritualidad y la santidad; y d) *más simple*: “Con bastante seguridad, la fe cristiana pederá en el futuro aún más de su brillo social y cultural de los siglos pasados; tendrá que despedirse de muchas representaciones, formas de religiosidad...”<sup>13</sup>. “La fe cristiana ha de crecer más en profundidad que en extensión, ha de vivir más conscientemente a partir de su centro, ese centro que lo abarca todo, y sólo de este modo evitará el convertirse en algo vacío y sin sustancia”<sup>14</sup>.

Para Juan Luis Ruiz de la Peña, el cristianismo es la única religión compatible hasta las últimas consecuencias con la modernidad<sup>15</sup>. Por una parte, porque ha sido la fe cristiana es uno de los factores gestadores de la modernidad; y por otra, el cristianismo es la única religión del futuro absoluto. En ese sentido la *Iglesia del futuro* se caracterizará por ser: a) *una comunidad orante y confesante*: “La Iglesia del mañana será, pues, una comunidad formada por los creyentes que oran asiduamente, que participan regularmente del culto y de los sacramentos, que tienen una resuelta voluntad de seguimiento de Jesús, que no temen proclamar públicamente su identidad cristiana y que la refrendan en su praxis profesional y social”<sup>16</sup>; b) *una comunidad misional*: “Una Iglesia en misión (no sólo para sí, sino –y sobre todo- para el mundo) anunciará y dispensará la salvación en Cristo a todos aquellos que acojan libre y generosamente su oferta, pero el mismo tiempo y coadyuvará eficazmente a revitalizar en la sociedad laica los grandes imperativos éticos proclamados en el sermón del monte, incluso en su versión secularizada”<sup>17</sup>; c) *una comunidad fraterna*: Significa que ha recibido un amor para vivirlo y transmitirlo. La vitalidad propia de la vida eclesial debe caracterizarse por el ‘amor fraterno’.

Para Joseph Ratzinger (el Santo Padre Benedicto XVI), el tema de la fe y el futuro ‘aparece hoy por todas partes’. Esto “se debe al hecho de que la crisis contemporánea ha provocado una sacudida en la fe, como a la fascinación que nos produce el futuro en un momento en que vemos cómo la historia se mueve más que nunca y cómo crecen las posibilidades del ser humano, positiva

<sup>12</sup> Cf. Walter KASPER, *Introducción a la Fe*, Sígueme, Salamanca 1989<sup>3</sup>, 195-216.

<sup>13</sup> *Ibidem*, 214.

<sup>14</sup> *Ibidem*, 215.

<sup>15</sup> Juan Luis RUIZ DE PEÑA, *Crisis y apología de la fe. Evangelio y nuevo milenio*, Sal Terrae, Santander 1995. *Sobre la Iglesia del mañana* 324-341.

<sup>16</sup> *Ibidem*, 334.

<sup>17</sup> *Ibidem*, 338.

y negativamente, de modo imprevisible”<sup>18</sup>. Hay un evidente ‘malestar frente a la fe’ pero eso va acompañado también de un ‘malestar frente al mundo dominado por la ciencia’<sup>19</sup>. La fe no es una forma deficiente e infantil de saber, “la fe es una apertura a la realidad, que es propia de quien tiene confianza, de quien ama, de quien actúa como ser humano”<sup>20</sup>. La fe es ante todo una ‘actitud existencial’.

Para mirar el futuro con fe y la fe del futuro, así como la familia en el futuro, ‘en la esperanza’, hay que mirar al pasado y desde allí ver las tareas y posibilidades de lo venidero. “El futuro de la Iglesia puede venir y vendrá también hoy sólo de la fuerza de quienes tienen raíces profundas y viven la plenitud pura de su fe. El futuro no vendrá de quienes sólo dan recetas. No vendrá de quienes sólo se adaptan al instante actual. No vendrá de quienes critican a los demás y se toman a sí mismos como medida de lo infalible. Tampoco vendrá de quienes eligen sólo el camino más cómodo, de quienes evitan la pasión de la fe y declaran falso y superado, tiranía y legalismo, todo lo que es exigente para el ser humano, lo que le causa dolor y le obliga a renunciar a sí mismo. Digámoslo de forma positiva: el futuro de la Iglesia, también en esta ocasión, como siempre, quedará marcado de nuevo con el sello de los santos”<sup>21</sup>.

La Iglesia será pequeña, tendrá que empezar desde el principio, perderá algunos adeptos y privilegios, pero encontrará su centro “la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho ser humano, la ayuda del Espíritu que durará hasta el fin”<sup>22</sup>. Será una comunidad que reconocerá de nuevo en la fe y la oración su centro, será interiorizada, será pobre. Sufrirá, pues le aguardan tiempos muy difíciles, fuertes sacudidas, pero al final permanecerá como ‘Iglesia de la fe’, como patria que da vida y esperanza más allá de la muerte. “María podría ser para nosotros estrella de esperanza” –nos asegura el Pontífice- y muestra, en una hermosa oración dirigida a María, cómo ella ha iluminado nuestro seguimiento de Cristo, ‘nuestra esperanza’. Ella ha sabido vivir rectamente, por lo que nos refleja de manera cercana la luz de Cristo indicándonos así la ruta hacia la meta, orientando nuestra travesía por la vida. También hoy le decimos desde el extremo de la tierra: ¡“Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino”! Pues no vale la pena vivir sin esperanza, y sobre todo sin esta esperanza que salva, pues queremos ‘vivir de otra manera’. Esa es la esperanza para la familia.

---

<sup>18</sup> Joseph RATZINGER, *Fe y futuro*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007 (el original alemán es de 1970).

<sup>19</sup> *Ibidem*, 25.

<sup>20</sup> *Ibidem*, 28.

<sup>21</sup> *Ibidem*, 102.

<sup>22</sup> *Ibidem*, 105.